

Croac Hunting and the Five Sided Cube

Nora Barón



El mineral tenía la forma de un cubo de cinco caras y se encontraba en un lugar privilegiado. Podía verse medio enterrado en la tierra a pocos centímetros de un ejemplar de rana hembra y a apenas dos metros de un ejemplar de rana macho que no dejaba de croar. Este era consciente de su papel en la puesta en escena de aquel teatro que se formaba en su ecosistema.

El mineral podría carecer de conciencia al uso y su habilidad lingüística podría ser limitada, que no inexistente, sin embargo, su capacidad de experimentación, de someterse al devenir de la experiencia era muy alto, más incluso que el que poseían los ejemplares de rana que se encontraban a derecha e izquierda. El mineral sabía que estaba en ese lugar tanto como lo sabían las ranas, las hojas sobre las que estas se detenían o los individuos capaces de leer estas líneas aquí escritas. Su presencia rasgaba la viscosa pasta de lo real de igual modo que lo hace la presencia del lector ante este libro. Pensaba el mineral que no habría de confundirse su quietud y aparente silencio con su capacidad para la experiencia, para estar ahí, afectándose a sí mismo y a su entorno.



De hecho, este se conocía muy bien y acertaba a saber que para ser dueño de su destino y desplazarse no le hacía falta un aparato locomotor propio. Su capacidad para la experimentación se hacía evidente cada vez que se desplazaba o se rompía. El mineral era propenso a la mutación y sin embargo estaba siempre ahí, presente en cada colisión, en cada erosión y en cada erigirse sobre sí mismo y obligar al aire a cambiar de rumbo.



Las ranas verdes *Agalychnis callidryas* son perfectamente conscientes de la necesidad que tienen como especie de comunicarse con otros reinos. Su elocuencia reside en saber que el orden de comunicación que se produce entre individuos de su propia especie e individuos de otros reinos, como el vegetal o el mineral, es a un tiempo idéntico y diferente.ent.

Las ranas, en su proceso de evolución, aprendieron de las piedras que todo lenguaje es un

orden de mediación simbólica que precisa de una cierta distancia entre los interlocutores, ya sean estos babuinos, ranas, cubos de pirita, discursos o árboles de caucho. Las ranas de la especie *Agalychnis callidryas* y los árboles pertenecientes a la tribu monogenérica de los *Ficeae* han desarrollado la capacidad de comunicarse de una forma bastante eficiente, no sin la ayuda ocasional de algún mediador externo.

La eficacia del lenguaje entre ranas y hojas de ficus radica paradójicamente en su falta de consenso. Lo que para la rana significa una cosa, para la hoja significa otra completamente diferente, sin embargo, el intercambio de símbolos, produce un orden de representación inteligible en cada caso.

El tamaño y el peso de las ranas son conocidos para los árboles, especialmente para sus hojas. Estas reciben de aquellas impulsos a través del tacto de sus patas y muy notoriamente del tacto del abdomen. La cantidad con la que una rana respira se transmite a la hoja a través de la frecuencia del rozamiento del abdomen con su superficie. Resulta fácil imaginar a la hoja recibiendo los impulsos de la rana en una suerte de código morse. La hoja por su parte se comunica con la rana a través del tacto, la vista y el olfato. Este último se encuentra deslocalizado y se produce de forma indirecta. Es decir, el ficus, carente de un aparato olfativo propio del reino animal, se sirve de la bacteria *Chloroflexi* para poder oler. Esta, extremadamente sensible a cualquier gas que pueda darse en la atmósfera, sintetiza los gases presentes en el ambiente en un tipo de energía alógena que la tribu arbórea de los *Ficeae* inocular y fácilmente comprende.





A Keith Hunting, hombre observador y aficionado a la botánica y la zoología, su condición social le permitía dedicarse a tareas no productivas. Cuando no estaba concentrado en el estudio y la escritura de obras épicas, Keith se dedicaba a la observación de las especies animales que vivían en sus tierras. Durante la primavera, gustaba de acercarse a la alberca que se formaba en la parte baja de su

finca, donde pasaba horas observando el comportamiento de los animales que vivían en ese pequeño y provisional ecosistema. Le llamaban especialmente la atención los anfibios y admiraba de ellos su capacidad de adaptación y propensión al cambio. Aunque ignoraba que fueron los primeros vertebrados en adaptarse a la vida terrestre, Keith observaba que durante su crecimiento los anfibios experimentan una drástica metamorfosis que los hace, por ejemplo, pasar de tener respiración branquial a pulmonar. En sus tiempos de estudiante Keith había emprendido la tarea de traducir al inglés *Naturalis Historia*, obra de Plinio el Viejo en el siglo I A.C., donde supo de la astucia de algunos ejemplares de la especie de rana verde *Agalychnis callidryas*. Keith aprendió que durante la mayoría de los ejemplares macho se croan para llamar la atención de las algunas de ellos esperan pacientemente que croan toda la noche. Cuando estos abandonan su posición, los ejemplares y, haciéndose pasar por aquellos, consiguen copular. De esta forma, no solo los individuos más fuertes, sino también los más astutos, obtienen la recompensa de dejar descendencia.



Heath tenía 10 años de edad cuando su padre le llevó por primera vez a la alberca y le explicó la forma en la que algunos ejemplares de rana verde consiguen reproducirse. Keith pretendía que su vástago aprendiese de las ranas verdes macho el arte del señuelo y la persuasión. Sin embargo, Heath prefería prestar atención a los ejemplares hembra y pensaba que éstas eran, sin duda, más perspicaces que los machos. Las hembras, lejos de ser engañadas, entienden muy bien que los machos que han estado toda la noche croando tienen energía suficiente para copular precisamente por haberla guardado en vez de croar.

Deberíamos elegir nuestras lecturas por el olor que desprenden los libros. Lo último que habría que hacer para conocer el pensamiento de un autor es leer lo que algún día escribió. La edición contemporánea más común en castellano de los Fragmentos de Blaise Pascal es un dispositivo que protege el contenido de la obra a través de un mecanismo editorial diseñado para dificultar su lectura. El diseño, la textura y la encuadernación funcionan como las espinas microscópicas que se encuentran en las pequeñas hojas del ficus.

La estrategia no es nueva, ya fue empleada por el célebre Muhammad Benjalipa en su

catálogo sobre enciclopedias medievales.

En este, los bordes estaban impregnados de cicuta amarilla para evitar que los traviesos babuinos

aprendiesen a leer. La lectura, opinaban los babuinos, era un tipo de ensayo que se hacía con todo el cuerpo. Si

para leer el libro tenían que probar el veneno y morir, morirían



sabiendo que la experiencia no solo se da en el lenguaje, sino también en sus contornos y en sus afueras. Al fin y al cabo los babuinos eran conscientes de que el veneno insertaría en su cuerpo unas trazas del libro que difícilmente podrían conocer de otra manera. La única edición disponible en castellano de la obra teatral *Ubú Rey* de Alfred Jarry se protege a sí misma de una forma similar pero menos drástica. Una única lectura es suficiente para provocar que sus pequeñas páginas se desmiembren sin remedio y el libreto acabe convertido en un montón de papeles similar a los que se acumulan en cualquier coche como resultado de coleccionar los anuncios de contactos sexuales que se encuentran en el parabrisas. No sorprende por tanto saber que el club más conocido del barrio de Carabanchel se llame *Stagger me sideways* y que esté regentado por un tal Alfredo. Este sabe muy bien que ensayar no es realizar algo de acuerdo a un plan preestablecido, sino más bien proponer un orden a un montón de papeles.

No **RA** barón

2014